

EL HOMBRE, ÁRBOL ESPIRITUAL

Antonio Medrano

Se ha hablado con insistencia, y de forma reiterada sobre la íntima relación existente entre hombre y árbol, así como sobre la enorme deuda que tenemos para éste último. Son muchos los científicos, pensadores y poetas que nos han mostrado el nexo vital que nos une con nuestro hermano y amigo el árbol. Quisiera aportar algunas reflexiones a tan.

Dejaremos a un lado, de momento, otras muchas implicaciones simbólicas del árbol, para centrarnos en un punto que nos interesa ahora de modo especial; el paralelismo entre hombre y árbol; la consideración del árbol como símbolo humano o del hombre como árbol simbólico.

Son numerosos los mitos, cuentos y leyendas que, en los más apartados pueblos de la tierra, hablan del árbol como antepasado, de la creación de la vida humana a partir del árbol (de su savia o de su madera) y de la transformación de hombres en árboles o viceversa. Es significativa asimismo la costumbre del matrimonio simbólico con árboles, practicada por algunos pueblos “primitivos” con el fin de acrecentar la capacidad procreadora de la mujer.

Con sus raíces firmemente ancladas en la tierra, su tronco erguido hacia el cielo y su copa abierta al aire, a la lluvia y a la luz del Sol -símbolos todos ellos de la acción divina-, el árbol se presenta como el arquetipo ideal del ser humano. Figura viviente del *Axis mundi*, del eje vertical que une Cielo y Tierra, el árbol nos ofrece la más perfecta imagen de la misión esencial del ser humano, que es la de actuar como intermediario, como nexo de unión entre Dios y el mundo creado.

Bien puede afirmarse que el hombre es un árbol en el que alienta el espíritu. Imagen que puede contemplarse en una doble perspectiva: descendente y ascendente. De acuerdo a la primera, el hombre es el árbol que tiene sus raíces en el Cielo y cuyo ramaje se extiende sobre la totalidad del Cosmos para enriquecerlo y darle el oxígeno de la vida. Si nos situamos en la perspectiva inversa, se nos aparecerá como el árbol cuyas raíces penetran amorosamente en las entrañas de la Tierra, de la substancia íntima de la Creación, para purificarla y transfigurarla, elevándola así hacia su Creador, en una acción de sentido sacrificial.

Este es el destino del hombre: ser árbol que se eleve recto y vigoroso, para dar sazonado fruto, coronarse del verdor de la victoria espiritual y proyectar la sombra de la paz sobre la faz de la tierra. Crecer hacia lo alto, como el árbol, para que, al ser acariciado por el viento, las hojas y ramas de su ser entonen un himno de alabanza en honor de su Señor, el Jardinero que lo plantó.

La equiparación del hombre al árbol es un motivo universal. Aparece ya en el libro de *Job* (18, 16), cuando al hablar del individuo perverso, dice: “por abajo sus raíces se secan y por

arriba marchítase su ramaje”. En el *Cantar de los Cantares* (2, 3), la esposa compara al amado con “un manzano entre los árboles silvestres” (el resto de los muchachos), añadiendo: “a su sombra estoy sentada, como deseé, y su fruto es dulce a mi paladar”.

“El hombre –dice Platón- es una planta celestial; lo que significa que el ser humano es como un árbol invertido, cuyas raíces tienden hacia el cielo y las ramas hacia abajo, hacia la tierra”. Djálal-Ud-Din Rumi, el gran poeta y místico musulmán, que habló en repetidas ocasiones de la semejanza entre las plantas y los hombres, comparaba al árbol, que en su belleza y virginal inocencia se rinde humildemente al aliento divino de la primavera para quedar preñado de frutos, con la figura de la Virgen María, preñada por el Espíritu Santo (recordemos que, en la mayoría de los idiomas, la palabra “espíritu” lleva implícita etimológicamente la significación de aire, sople o aliento).

El evangelio recurre a menudo al símbolo del árbol para aludir a la vida interior del hombre: véanse por ejemplo, las parábolas del grano de mostaza o de la higuera estéril. El símil del “árbol bueno” y el “árbol malo” aparece con frecuencia en boca de Cristo para ilustrar la realidad existencial del justo y del pecador respectivamente. “Cada árbol por su fruto se conoce” (Luc. 6,44); “Todo árbol bueno produce frutos buenos, mas todo árbol ruin produce frutos malos” (Mat. 7,17).

Basándose en este poético legado evangélico, William Law, el gran místico anglicano, dirá que el renacimiento cristiano, el *new birth* interior que cada cual ha de realizar en su propio ser, es semejante a “un estado de vegetación espiritual”. Al igual que los árboles crecen y dan fruto por “la virtud del Sol” y por su “hambre y sed de luz”, la “semilla celestial” plantada por Dios en el fondo del alma crecerá y madurará gracias a la acción de Cristo, “Sol de justicia”, que envía continuamente sobre el hombre sus “rayos vivificantes”, despertando en él “el hambre de Dios y de Cielo”.

La correspondencia simbólica hombre-árbol desvelará a nuestros ojos matices aún más hondos, si tenemos en cuenta que en la simbología tradicional el árbol representa a su vez a la Divinidad. Las Escrituras sagradas hindúes describen al *Brahman*, la Realidad Suprema, como “un gran Árbol verde”, como el Árbol con cuya madera se hicieron el Cielo y la Tierra. En la iconografía budista, el “Árbol de la *Bodhi*”, bajo el cual logró el príncipe Siddharta la Iluminación (*Bodhi*), representa la esencia de Buda, la “Talidad” o Realidad Última. Recordemos por último que para la tradición cristiana, Cristo es el verdadero “Árbol de la Vida”.

Imagen cifrada de Dios y del hombre, el árbol revela, por tanto, a éste último su verdadera naturaleza como “imagen de Dios”.

Pocas tradiciones han expresado esta idea con la nitidez con que lo hace la hebrea, al representar a veces el “Árbol sefirótico”, figuración de la Realidad divina, con la forma humana, con la figura del *Adam Kadmon* u “Hombre universal”: la copa, el tronco y las ramas del primero se corresponden con la cabeza, el tronco y los miembros del segundo. Imagen que encuentra su exacto paralelismo en la fórmula que, dentro del marco de la doctrina hindú, nos ofrece uno de los *Upanishads*: “tal y como es un árbol, justamente como es el Señor de los Árboles, así es en verdad el hombre”.

En la tradición cristiana, la ecuación Dios=hombre=árbol queda plasmada en el “Árbol de la Cruz”. En la madera que forma la Cruz, la Divinidad hecha hombre se funde con el leño sacrificial de la redención, “el leño que salva”, para restablecer el nexo amoroso, la síntesis armónica entre Cielo y Tierra. Lo que precisamente queda expresado por el cruce de las líneas vertical -la influencia celestial- y horizontal -el elemento terreno- que constituye la figura de la cruz.

El árbol nos habla, pues –en ese lenguaje poético, directo, vivo y sumamente elocuente que es el lenguaje de la Creación- de nuestra más honda realidad, del sentido y destino de nuestra vida, de la norma que hemos de seguir para ser fieles a nosotros mismos, el proyecto sobrenatural que nos constituye como lo que somos. Antepasado y padre, compañero y amigo, protector y guía, el árbol nos recuerda continuamente nuestra Patria eterna, nuestro origen y nuestro fin último, nuestras raíces y nuestro norte supremo.

De ahí esa incitación interior, esa influencia reconfortante, vivificante y renovadora, que la visión de los árboles siempre ejerce sobre nuestro ánimo.

De ahí también nuestro ineludible deber para con este noble hermano y el respeto con que hemos de tratarle.